



— Pues dile que ya lo hemos mandado, y que se lo reenviaremos en cuanto podamos.
 — Y ha llamado Pepe, que no puede venir. Tiene a su hijo confinado en casa porque algún niño de su clase ha debido dar positivo.
 — ¿Qué clase tenía ahora Religión?
 — Segundo. Está la de música con ellos.
 — Pues que se quede allí y que canten canciones de misa. Entretenme a estos un momento, que voy a ver el router.
 Por el pasillo me cruzo con el grupo burbuja de 3 años, que van en tropel al servicio, rodeando todos a la profe.
 — ¿Ya? — le pregunto.
 — Yo creo que los traen de casa sin mear. Y si me descuido llegan los de 4 años y me pisan a estos.
 Dejo a la valiente rodeada de niños. En el despacho compruebo que milagrosamente la red funciona. Vuelvo a clase y se lo digo a la secre, que se marcha en busca del correo electrónico perdido en algún sitio. Miro a mis niños y niñas, todos sentaditos en sus sitios, bien abrigados.
 — ¿Cerramos las ventanas, profe?
 — Sí, por favor. ¿Nos ponemos a trabajar? A ver, quién quiere leer en primer lugar?
 Se levantan varias manos y entonces me fijo en

que hay otra silla vacía, además de la que ha dejado Lourdes.
 — ¿No ha venido Luis?
 Raúl, que vive a su lado, contesta:
 — Ah, profe, me dijo su madre antes de venir que se quedaba en casa porque tosía y tenía fiebre.
 No sé si reírme o echarme a llorar.
 — A ver, pensad un poco. ¿Quiénes estuvisteis ayer cerca de él?
 — ¿Aquí, en el patio, en el comedor o en el parque, profe?
 — O en alguna comida familiar —añado, pero no lo entienden—. Vale, vale. Vamos a leer las redacciones, en voz bajita y sin escupir en la mascarilla, que se nos va el tiempo. Y si a alguno le parece que a lo mejor puede que tenga alguna gana de hacer como que tose, corriendo al aula covid.
 Suspiro. En realidad está resultando un día tranquilo. Parece que vamos a poder hacer algo. Lllaman a la puerta, se entreabre y aparece la cara del conserje.
 — Tenemos una gotera impresionante, como una catarata. No sé de dónde sale tanta agua. Por fin tengo ganas de sonreír: es emocionante volver a las incidencias de toda la vida.

2 TRENT JONES, MAESTRO EN LA CIUDAD FANTASMA

Pepe Santamaría (SA)

sobre “Ghost-Town Teacher” de C. Stowers en
Texas Parade Magazine (dic 1975)

En 1972 fue nominado como mejor maestro de la nación. Era un buen maestro en el colegio de San Antonio, en Texas, pero estaba cansado del ‘mundanal ruido’. Le gustaba enseñar, pero se sentía frustrado por el tamaño de la escuela y porque no podía dedicar a cada niño todo el tiempo que quería. La mitad del tiempo se le iba en reuniones de profesores, seminarios y cosas parecidas. Estaba llegando a un punto que podría afectar a su enseñanza. Por ello, solicita un destino sencillo para tener más calidad de vida. Lo encuentra en la ciudad fantasma de Terlingua, en la última escuela unitaria de Texas, dedicada a los hijos de los 100

habitantes de la zona. Le tocará desempeñar las funciones de director, maestro y portero. Su nuevo salario no le permite tener teléfono.

En 1975 Jones tiene 28 años y es su tercer año en Terlingua. Tiene 21 alumnos (algunos sólo hablan español, otro con discapacidad mental) comprendidos entre 1º y 8º grados. El ‘abc’ de Jones es dedicar total atención personal al alumno, calificarlos con sobresaliente y comer en clase: “Simplemente no creo en el suspenso. Si un estudiante suspende, significa que no ha aprendido y que yo no he enseñado. No aceptaré esto”. Pone al alumno el mismo

examen, hasta tres o cuatro veces, hasta que todas las respuestas son correctas. “Nada inspira más auto-confianza en un niño que llevar sobresaliente a casa” y, por la misma razón, el alumno ha aprendido los contenidos y se ha ganado la nota. No es un regalo, y los alumnos lo saben.

Nadie puede concentrarse durante mucho tiempo si tiene hambre, especialmente los niños. Como no hay comedor ni cafetería aconseja a los alumnos que se traigan algo de casa para que se lo coman en clase. La única regla es que coman todo lo que quieran, pero sin tirar comida.

“Además, un poco de mantequilla de cacahuete sobre un folio de matemáticas nunca hizo daño a nadie”. Se les da un cartón de leche, donado por la Asociación de Padres y Profesores (PTA), que se guarda en una nevera de segunda mano al fondo del aula. En cuanto a la vestimenta de clase, lo importante es que los alumnos estén cómodos. A mediodía, si el tiempo lo permite, toda la escuela camina hasta el arroyo de Terlingua para la comida, seguida de otra caminata para estudiar la naturaleza antes de volver a clase y continuar con las actividades académicas. Si hace frío o llueve, comen en sus pupitres.

Su filosofía de la enseñanza es simple: “Un buen maestro es una persona que se organiza y no olvida cómo era cuando él estaba en la escuela”. “Es asombroso cómo mantiene ocupada a la clase desde las 8:45 hasta las 15:45” –dice la presidente de la PTA. “Nunca menosprecia a nadie y su entusiasmo por un dibujo de los de 1º no es diferente al que muestra por un alumno más avanzado que resuelve un difícil problema matemático”. Jones está convencido de que una instrucción completa no está únicamente en los libros de texto y siempre idea proyectos nuevos para que participen sus alumnos. Por ejemplo, la estación meteorológica escolar, con barómetro, termómetro y anemómetro, que se consulta diariamente, y un huerto que se atiende regularmente. La gente de la zona puede llamar a la escuela para informarse de las condiciones meteorológicas.

Otro proyecto para los mayores fue la preparación de un libro infantil de relatos. Los niños se reúnen y deciden cómo será la historia, la escriben, la ilustran, diseñan la cubierta y lo juntan todo como si fuera un libro auténtico. Los alumnos también representan una función anual de teatro.



Zona de camping en Big Bend y, al fondo, el macizo rocoso denominado “Casa Grande”

El pasado otoño Jones consiguió finalmente un proyector y comenzó a complementar las clases con películas educativas. Para muchos de sus jóvenes estudiantes fue la primera vez que veían una película. Terlingua está tan aislada que no hay repetidor de televisión y la única estación de radio que pueden escuchar, tarde en la noche, es una emisora religiosa y canciones gospel. Jones ha aprendido a utilizar una vieja máquina de coser y planea introducir algunas instrucciones artesanales. Durante los meses de verano reparó el tocadiscos de la escuela, persuadió al Consejo educativo para comprar una pizarra más y un amigo ebanista confeccionó voluntariamente unas estanterías para la escuela. En un excepcional viaje a San Antonio [a unos 680 Km de Terlingua] consiguió hacerse gratis con 1.000 libros y se los trajo en su camioneta. Semejante capacidad de iniciativa permitió a Jones tener operativa su escuela con un presupuesto de 500 dólares.

Ron Willard, propietario de una gasolinera y un comercio: “Tenía mis dudas cuando él llegó aquí procedente de una gran ciudad. No imaginé que duraría todo el año. Pero cuanto más lo conocía, pude ver que realmente encajaba en este tipo de vida y que apreciaba a los niños. Cuando los niños venían a la tienda para pedir algún refresco u otra cosa, yo escuchaba ‘El señor Jones esto y el señor Jones lo otro’. Ellos pensaban mucho en ese hombre. Y nosotros también”.

Obviamente el sentimiento es mutuo. Jones ve su situación como una oportunidad que pocos educadores pueden tener alguna vez: “Aquí no hay presión – dice – y en San Antonio el grado de presión para los profesores era suficiente para tirarse de los pelos. Papeleo, reglas, problemas con los niños, con la dirección (nada consciente de las necesidades o situaciones en el aula)”. “No digo que haga magia con el alumno. Consiste en ser capaz de reconocer su problema y después prestarle un poco más de atención que a otro niño. Como no tengo muchos, soy capaz de ver las necesidades de cada uno y trabajar para proporcionarles lo que necesitan”.

Buscaba un estilo de vida menos complicado y, afortunadamente, lo había encontrado.



Corría 1979 cuando salieron los *Escritos colectivos de muchachos del pueblo* con la ayuda directa de Adele Corradi, la profesora italiana que ayudó en Barbiana mientras se escribió la *Carta a una maestra* (1967) con el maestro Lorenzo Milani y el método colectivo que en ella refieren. Los dos libros reúnen la denuncia intensa de los “sin voz”, los desfavorecidos que no interesan ni cuentan en las decisiones políticas de los gobernantes, si no les piden el voto. Una doble denuncia clara, limpia, directa, firme, auténtica y convincente, sin retórica literaria y, a veces, con la acritud de la dignidad herida por la injusticia, la desigualdad y el egoísmo de los privilegiados, aunque desde la comprensión y el entendimiento. Tal sencillez aparente es el resultado de querer explicarse con claridad y hacerse entender por todos, desde el análisis y conocimiento objetivo de la realidad y, en definitiva, la búsqueda de la verdad. Con documentación, debate y estudio riguroso más una redacción que busca la palabra precisa que exprese con exactitud y sin falsedades, ambigüedades ni imposturas lo que se quiere decir. Tras muchas correcciones y lecturas se revela una técnica paciente, minuciosa, artesanal. Cuando se lee, surge de su convicción, como fruta madura, el lirismo y la hermosura de dos textos que convencen, emocionan y comprometen, cual “mano tendida al enemigo para que cambie”, como la *Carta* atribuye a la obra de arte nacida del odio o la ira de los oprimidos.

La *Transición política* (1975-1982) era el contexto de los jóvenes autores de los *Escritos*